

EL PUERTO Y LA MAR

Comedia Dramática en un Acto

Original de

EMILIO S. BELAVAL

Por la mar de Palominos,
Montado en un hipocampo,
Cabalga el buen Alaminos,
Con verdes barbas de Santo.

Voz de la Novia
Pancho Patrón
Catanio
Baldomero
Marcelo
Santiago
Casandrina
El Niño de los Escapularios
Otras Voces

En el puerto está el cafetín con su barril de salnueva y su anafre de pescado; caja de vidrio de dulces prietos, torrecilla para el jamón de cocinar y la manteca de untar. Arriba hay un faro sonámbulo cambiando luces con el rabojunco y la tromba marina. Lo demás es la ventanilla de la Aduana, el pequeño fondeadero, el cabezal del chinchorro, las veji- guillas de los sargazos. Contra el acantilado bate una mar gruesa, una mar que ha vivido toda su vida milenaria encelada de las vírgenes islas -Islas cubiertas de bananos, con bapios de perlas y pancuco con flores de azúcar- casi empotrada en un cielo húmedo, calado por una neblina salobre está la ermita. ¡La ermita! Vigería de roble manchada por sales de Saturno, pez griega, alquitrán y el humo de las luces de cabo. Entre uveros y pencas de luna está la ermita. Hay cenefilla de cun- diamores y nidos de codornices. Una prieta quimera de mar, sumergida en un arcano temblor de milagro, completa el agua- fuerte. Las pesadillas de los mares de Fajardo no tienen hora

ni enriedo de algas. Sólo tienen cintura, como la noche.

En la mesa del dominó ajustando cuentas y cachorros de vino de pifa están Pancho patrón y los tres hombres de su barca: Baldomero, Marcelo y Santiago. Hacia una penumbra avivada por los tizones del anafre, está el viejo terrero Catanio, un musarñas con barbas de tritón y manos gordas maceradas por el reverbero del faro, hurgando entre los peces desechados los que lucen mas a la alegría del ojo que a la gula del labio. De cuando en cuando, se oye la imploración de la novia del último náugrafo clamando por su novio. Es una voz que modula un lamento; sin embargo, se queda pegada en la conciencia como una imprecación. Cada vez que suena el lamento, los hombres dejan de contar y se moran cejijuntos. El musarñas se persigna con la ligereza del moscardón sorprendido en mitad de un vuelo.

Voz de la novia - ¡Marinero! ¡Marinero! Busca a mi Adelfino, marinero. Oigo una voz pequeña que me llama desde el fondo del mar. Traéme a mi hombre, marinero.

Santiago (con una violencia mezclada de terror y voluptuosidad) ¿De quien es esa voz, Pancho patrón?

Pancho - La voz de la novia de náugrafo, Santiago. Desapareció su hombre unas horas antes de la noche en que habían de casar.

Santiago - ¡Infeliz enamorada!

Baldomero - De la Isla de San Bartolomé le traíamos hilos de color y piqué de Holanda para adornarle sus misas.

Marcelo - Y de la Martinica, aguas de olor y encajes con punto de malta para su ajuar de novia.

Catanio - Yo le tejí un madroño amarillo con la horquilla de cedro.

Pancho - La novia tenía la costumbre de nadar hasta su barca, cuando Adelfino regresaba en el anochecer.

Baldomero - Era un placer verlos regresar juntos, pasando sus juegos de enamorados entre los aros de las olas.

Pancho - En mi bitócora hay muchos hombres desaparecidos, algunos arrancados de las crucitas por la furia del viento, timoneles borrachos, patizambos encordados por los curricanes del velamen, pero nunca había visto desaparecer un hombre arrastrado por un hilo de silga.

Voz de la novia - ¡Marinero! ¡Marinero! Baja al fondo del mar y busca a mi Adelfino. Todavía siento en la oreja del rezo de su labio.

Baldomero - Esta vez la voz parece estar mas cerca, Pancho patrón.

Marcelo - Habrá que ir por ella, antes de que se tire al mar.

Pancho - No haya cuidado, aún no se ha puesto furiosa.

Santiago - Yo estaré pendiente.

Pancho - Volvamos a nuestras cuentas. Primero, Santiago. Entre jureles y boquirrubios, conté ciento treinta libras largas.

Santiago - Así las tenía ojeadas yo, patrón.

Pancho - ¿Conforme entonces, Santiago?

Santiago - Conforme, Pancho patrón.

Pancho - En cuanto a tí, Marcelo, apenas tiene peces tu canasta. ¿Cuando vas a dejar la pesca de la langosta?

Marcelo - Me gusta tener las manos colgando sobre el lodo tibio del manglar.

Pancho - Algo habrá de aportar de nuestra ganancia para tu chifladura.

Marcelo - No se apure, patrón. Mañana compraré un bastidor mas largo para desbobar el musgo.

Baldomero - ¿Hay algun encargo de pulpos chicos?

Marcelo - Podemos juntarlos con mi langosta, Baldomero.

Baldomero - Así se hará.

Voz de la novia - ¡Marinero! ¡Marinero! Busca en el fondo del mar alivio para mi pena. Llevo aceite de romero para tu tostado cuero.

Santiago - (asomándose a la ventana, voceando afuera) Ten paciencia con el olvido, novia desafortunada.

Catania - (también voceando afuera) El olvido hay que irlo buscando de puerta en puerta.

Marcelo - Quien te enseñó la lición, Catania?

Catania - Este besugo cariacontecido.

Marcelo - Bonito pipón.

Catania - ¿Por que será que las esponjas siempre tienen sed?

Baldomero - Veo allá un boquecillo abanicando su descontento.

Pancho - La corriente del golfo ha desprendido delas cubetas casi todo el mucilago.

Catania - De amarillas se tornarán verdes mis Islas Canarias

Marcelo - No grites. Por la mar de Palominos,

Montado en un hipocampo,

Camina el buen Alaminos

Con verdes barbas de Santo.

Pancho - Otra vez, vide petreles nadando sobre las olas.

Marcelo - Volverán a cargar con las huevas, los moluscos, los crustáceos mas pequeños.

Baldomero - Tempestad con alas de cuevo, le llamaba la gente antigua.

Voz de la novia - (con creciente desesperación) ¡Marinero! ¡Marinero! Tengo en mi cazuela sesos de ternerillo con borra de pimienta y papalón de calabaza. Tuyos serán si me devuelve a mi Adolfino.

Santiago - ¡Cuando cansará esa alma de lamentarse!

Pancho - Esta noche su amargura está mas deszafada que nunca.

Voz de la novia - ¡Marino galán, ponte tus aros de hierro y devuélveme a mi Adolfino!

Marcelo - Tendremos que buscarla antes que se meta en las cuevas del roquedad.

Baldomero - La mujer del vigía sabe como amansarle la pena. Es viuda dos veces de gente de mar.

Voz de la novia (desvariando ya) Cobarde marinero, ¡Cobarde! Me has dejado sola llorando mi pena de amor. ¡Cobarde! De los hombres cobardes nunca habla la mar.

Santiago - Voy por ella. (Empieza a quitarse los boraquies y las franelas)

Voz de la novia (rabiando de amor) ¡Adolfino! ¡Adolfino, bendito! Vuelve a mi lado aunque tengas que caminar sobre un mantillo de aguavivas.

Santiago - (vocea, afuera; conmovida) Aguarda un momento, infeliz enamorada.

Baldomero - Ten tu impetu, Santiago. Al pasar por mi casa pide un lienzo para envolver a la novia, por si acaso la furia la ha dejado desnuda.

Santiago - Así lo haré, señor Baldomero.

Pancho - Buena suerte, Santiago. (Sale Santiago en busca de la embravecida) Será difícil bregar esta noche con ese cuerpo vibrante cubierto de aristas de sal.

Santiago (Dentro, caminando va hacia el roquedad) - ¿Quién es la hermosa novia que clama por un marinero?

Voz de la novia - Aquí, marinero.

Santiago - ¿Y si en vez de marinero, fuera goletero?

Voz de la novia - Aquí, goletero.

Santiago - ¿Y si en vez de goleta, sólo tuviera falda de francés?

Voz de la novia - Aquí, el bailetero. Sigue hasta la poza donde fondearon la gata de mar.

Santiago - Allá voy, hermosa enamorada.

Voz de la novia (con una furia alegre) Tú me traerás a mi Adolfo. Tienes la voz alegre y la pierna intrépida. (Se va alejando la voz de la novia como si corriera por la playa) Ahora, vamos por tí. Espéramos, Adolfo.

santiago (tras de ella) No corras, novia, ni pongas los fantasmas del manglar a tirar de sus zancadillas. Espérame (con angustioso mando) Espera.

Voz de la novia - No puedo esperar. Las olas sólo toman recado de la impaciencia.

Santiago (con un terror súbito) ¿Dónde estás, hermosa enamorada?

Voz de la novia - (Con una misteriosa dulzura de enajenada)
¡Adolfino! ¡Adolfino!

Pancho - Ve tñ, Marcelo. Le voy tomando mas miedo a la bravura del Salvador que a la locura de la novia.

Marcelo - La traeré, Pancho patrón. (Sale Marcelo)

Pancho - Duro es el pan cuando llega a nuestra boca manoseado por las manos descoloridas de la muerte.

Baldomero - Tres años esperando boda tuvo.

Pancho - El dolor de esa novia acaloré con mi barca.

Baldomero - Es que todos malcriamos un poco esos amores. Yo la quiero como si fuera una de las mujeres de mi casa. No me gusta verla mientras llora sus amores. Las penas me gustan bien sentaditas en una silla.

Pancho - (soplando su qbito marinero entre el hueco de las dos manos) ¡Marcelo! ¡Marcelo! ¿Dónde estás, Marcelo?

Baldomero - Nadie contesta; ni el eco. Parece que los picos de la gaviotas se han puesto a enterrar los ecos.

Catania - Es la playa la que está hueca. ¿Quién podría responder desde el mar, si la playa está hueca?

Baldomero (llamando también) ¡Marcelo! ¡Marcelo!

Pancho - Si al menos recordara que hay una lancha nuestra amarrada en la Ensenadilla Gorda.

Catania - (con boca de chivo) Siempre pasa igual; primero se retiran los ruidos; las olas se esconden en el fondo de la mar, los peces apagan sus luces de azufre y las voces no encuentran lomo sobre el cual cabalgan,

Pancho - (llamando con fuerte voluntad) - ¡Marcelo!
¡Marcelo!

Marcelo (dentro, lejos) Aquí, patrón. Con ese macizo de rocas no podía atar mi voz a la suya.

Pancho - ¿Por donde tomaron la novia y Santiago?

Marcelo (dentro, lejos) - Deben ir corriendo por la orilla. Los conflios no cesan de afoctear las arenas.

Pancho - Acuérdate que tengo una lancha en el uvero de la ensenadilla.

Marcelo - Lo recuerdo, patrón, Sigo tras ellos. (voz larga disparada hacia el mar) ;Santiaaago! ;Santiaaago!

Baldomero - ¿Que le pasa a tu sartén, Catanio? No se oye.

Catanio - Está rezando.

Pancho - ¿Por qué no rezas tú también, Catanio?

Catanio - Empecé a rezar desde que entraste al puerto, Pancho patrón. Traías virada la vela de cruz.

Baldomero - Debo ir yo también, Pancho patrón.

Pancho - Si, Baldomero. Tienes buenos ojos para la noche y tu pie sabe caminar por entre los castillejos de los erizos.

Baldomero - Yo la traeré, patrón.

Catanio (asomado a la ventana; mueve la cabeza, apesadumbrado) - Todavía está el boquecillo abanicando su desasosiego. ¿Por qué las luces tendrán miedo esta noche?

Pancho - Solo falto yo por partir y he debido ser el primero.

Catanio - Asi me gusta a mí la noche del puerto, bien llena de caridad.

Voz de Baldomero (fuera) Pancho, patrón.

Pancho - Aquí, Baldomero.

Voz de Baldomero - La novia se ha tirado al mar y hay ya dos hombres de tu barca tras de ella.

Pancho - ¿Hacia donde van?

Voz de Baldomero - Al banco de sargazo que ha formado la corriente del golfo.

Pancho - ¡Santo Dios, protégelos!

Voz de Baldomero - Voy a remo a buscar el escampavía mándame tú un escandallo por si hay que sondear el fondo.

Pancho - ¿Como sabré por donde andas?

Voz de Baldomero - Dejaré encendido un besico de monja en el cabezal del escampavía.

Pancho - Voy por el escandallo. Avisa tú, Catanio.

(Sale Pancho patrón, con una ligereza del grumete haciendo méritos. Catanio descuelga la caracola de los avisos de su hamaquina de emajaguas.)

Catanio - (soplando en su caracola) ¡Escuche la gente de mar! ¡Escuche la gente de mar! Habla Catanio a nombre de Pancho patrón.

Voz (fuera) - Oigo, Catanio.

Voz (afuera, desde luego) - Habla despacio.

Catanio - (enfático) Habla Catanio a nombre de Pancho patrón. Si la voz llega a un marino baldado que se lo diga al calafate, si éste no puede correr, que se lo diga al maestro. ¡Escuche la gente de mar!

Otra voz (fuera) Sigue, Catanio.

Catanio - La novia se tiró al mar creyendo que su hombre está en un banco de sargazo que arrastra la corriente del golfo.

Voz (dentro) - Las sagradas ánimas tendrán que tomarla al hombro.

Voz (dentro) - Esta tarde vide ese banco. Ya lleva el vuelco de dos barcadas.

Voz - No podrá resistir la corriente.

Catanio - Tres marineros de Pancho patrón la están buscando a nado.

Voz (fuera; con un poco de espanto) - Linda carga para la muerte.

Voz (fuera) - Algo habrá que hacer.

Voz (fuera, lejos) - Voy por mi chalana.

Catanio (voceando hacia afuera) - Recuerden encender las luces de situación tan pronto salgan de los cabos. Luz Roja cerca de la corriente, luz azul para el almohadoncillo de las cabezas de San Juan; al Sur, luz amarillas y verde en el poniente.

Voz (fuera) - Apenas se ve el rizón de la corriente.

Catanio - Abre la oreja, sonso, que la oreja también mira.

Voz (fuera) Avisa al faro, Catanio.

Catanio - (voceando de nuevo) - Escuche la gente del faro, abran y cierren luces sobre los lechos de zargazo y fijen un foco sobre la corriente del golfo.

Voz (dentro) - Aquí, la Aduana. ¡Avistador! Gente en riesgo de mar. Si oyen voces sobre el mar, aviso de sirena.

Catania - ¡Vecinos! Hay una novia y tres marineros en riesgo de mar. Los que no tengan tarea de aparejo y estén flotando corchos, vayan a la ermita, cada uno con un rosario y el florilegio del Monte Carmelo.

(La campana de la ermita, con serena prudencia, da un tímido toque de somatén. En la entrada esperando las voces del mar están Casandrina y el Niño de los escapularios. Llega Catania.)

Catania - ¿Oíste la voz, Casandrina?

Casandrina - La oímos, Catania.

El Niño - ¿Cuántos son los sometidos al riesgo?

Catania - Tres hombres y una novia.

El Niño - Pues el cuerpo del novio, ¿no cuenta?

Catania - No cuenta, niño; hace tres días que ya está perdido. Poco debe quedar de él.

Casandrina - Poco. no. A veces los brazos se agarran a la cabeza con tal fuerza, que los huesos se incrustan unos en los otros.

Catania - Calla, mujer. Me he pasado toda la vida oyendo pesadillas de mar.

El Niño - (Con suave terquedad) De todos modos, debemos preparar cinco escapularios.

Casandrina - Y cinco rosarios con cordones de calaveras.

Catania - ¡Otra vez, la muerte! Pues no, señora; Pancho patrón no puede perder cuatro hombres en tres días. Nueva suerte fue que de la Isla de Santiago, llegar un Santiago.

Casandrina - Y de la Isla de Pino un desgraciado mozo llamado Adolfino.

Catania - ¿De que te quejas, Casandrina? No era Adolfino pariente tuyo.

Casandrina - Toda carne mortal es familia mía.

(Entra Pancho patrón mojado hasta el tuétano y con los bigotes de luto)

Catania - ¿Nada todavía, Pancho patrón?

Pancho - Nada. El mar está mas sordo que nunca.

Casandrina - Yo ve luces que se mueven a media corcova.

Pancho - Las luces se ven tan pequeñas que no vale la pena vocear.

El Niño (con alegría) Habrán ido en busca del novio.

Catania - No fue ese el recado. Bien claro iba: tres hombres de la barca de Pancho patrón y una novia.

El Niño - Sin el novio no puede haber milagro. El novio es como el arcangel. La novia podría llorar ...

Casandrina - No habrá lágrimas ni de menos ni de más. Todo parece haber sido llorado ya por los ojos de las aguas.

Catania - Esta mujer habrá que pegarle un fósforo en su saya de corneja, un día de éstos.

El Niño - Nadie quemará tu saya, Casandrina. Bastarán tus ojos verdes para apagar el fuego. Yo rezaré cerca de las llamas.

Casandrina - No sufren, niño. Cien veces he visto mi saya arder y cicatrices llevo de muchas hogueras.

Pancho - ¿Cuántos volverán?

Casandrina - Es mejor la espera que la adivinanza.

Pancho - Las pequeñas luces siguen despavoridas.

El Niño - Yo tengo cuatro escapularios y necesito otro mas. Dáme el tuyo, Catanio.

Catanio - Con cuatro bastan, ya te lo he dicho.

Casandrina - Toma el mío, Niño. Junto a mi cuello ha vivido avergonzado siempre. (Lo entrega)

El Niño (un tanto asombrado) Está tan cuidado que sus hilos rebrillan. Alguna gracia se ha salvado en él.

Casandrina - Ojá llegue a donde está el novio.

El Niño (levantando los ojos hacia arriba) Señor Dios, tú que tienes cara de cielo y paso callado en el misterio, trae cinco a la orilla, cada uno atado a un escapulario.

(Sale corriendo el Niño a colocar los escapularios sobre la noche del mar)

Pancho - Ten cuidado, Niño.

Catanio - Está aprendiendo las artes de la santidad.

Casandrina - Mucho tendré que caminar antes que le sangren los pies.

Catanio - Y tú, ¿no?

Casandrina - Ya tengo menos sangre que un espectro. A veces creo estar dibujada sobre una roca.

Catanio - Pues bastante pero tiene un desmayo tuyo. Se te pone la falda pipona.

Pancho - El niño ya puso los escapularios sobre el mar.

Casandrina (con un oscuro sufrimiento) Si yo pudiera rezar sin que se avergonzara mi alma de bruja.

Pancho - Alguien tendrá que rezar. ¿Cuándo llegarán las mujeres a rezar?

Casandrina - Van primero a avivarse el sobresalto en los viejos cuentos del puerto.

Pancho - Las luces de las casas están encendidas, pero las casas silenciosas.

Catania - Cada casa tiene cincuenta años de susto trepando por la tijereta.

Casandrina - Una oración; ¡una oración por favor!

Pancho - (respondiendo a la misteriosa histeria) ¡A rezar!; ¡las mujeres que se pongan a rezar!

(Responde el rumor detenido de una antífona a Nuestra Señora del Carmen:
-Santa María, socorre a los desgraciados, ayuda a los pusilánimes, reamina a los que lloran, ora por el pueblo-)

Catania (arrodillándose con sus manías de viejo devoto)
"Oh esplendor del Carmelo, Gloria del Líbano, tierra purísima."

Pancho (arrodillándose también) Que tus manos de Santa rompan las anillas de la corriente y se remansen las aguas.

Casandrina (debatándose con su congoja inmortal) ;Dame virtud contra mis enemigos, oh mar!

(Llegan las voces del mar. La primera noticia: -Cinco son los cuerpos que arrastran los escapularios- es apenas un murmullo soplado detrás de una hoja; después las voces están mas completas -el novio viene cubierto con un manto de algas-; según arrecian las salves, se completa la noticia: -A la novia la lleva a vestir una virgen con un manto carmelita.- Por último suena la voz la voz jubilosa del Niño:)

**Niño - Adorna tu barca, Pancho patrón, que ahora
carga un milagro.**

Emilio S. Belaval

Navidades 1965

[The text in this section is extremely faint and largely illegible. It appears to be a collection of lines of poetry or prose, possibly related to the Christmas season mentioned in the section header. The lines are arranged in a roughly vertical column on the page.]

